

La comunicación interpersonal como proceso educativo

Guillermo Michel

*“Quien conoce a los otros es ilustrado
Quien se conoce a sí mismo posee sabiduría
El que conquista a los otros tiene músculos fuertes
El que se conquista a sí mismo es poderoso*

El que muere mas no parece tiene larga vida”

*Lao Tse
(Tao Te King)*

Introducción

Descifrar los posibles significados de la llamada comunicación interpersonal exige tener como punto de partida un concepto lo más claro y preciso posible de lo que esto significa.

Inmerso en este proceso de reflexión, percibo *algo* que intuimos ya como uno de los significados atribuidos a la palabra *comunicación*, y que es el de ponernos en contacto para compartir nuestros pensamientos, nuestras emociones, nuestros sentimientos y nuestras esperanzas.

Entiendo, pues, la comunicación como *contacto*. Algo así como la chispa de un incendio que provoca otro incendio mayor. Pero estamos en contacto profundo cuando percibimos en lo que *el otro* afirma un destello de luz o una ráfaga incandescente, contagiosa, que enciende en nuestro interior —llamémosle alma, espíritu o corazón— una especie de hoguera reconfortante y refrescante. Algo así como río de luz incandescente.

En este sentido, la comunicación entre personas es como el amor. Se da o no se da. No puedo lograr que nadie se comunique conmigo si él no quiere. Como nadie podrá lograr que me abra y rompa mi silencio, si es mi deseo permanecer aislado. Por ello, la comunicación es un proceso mediante el cual, por lo menos dos personas (se) descubren.

En este juego de mi soledad incomunicable, pero compartible frente a otras soledades, también incomunicables y compartibles, surge la posibilidad o la imposibilidad de una verdadera comunicación. Es decir, mi propia capacidad de compartir lo mío con lo de otros.

Comunicación: ¿puente entre islas?

Nacemos solos y morimos solos. Y es en lo profundo de nuestra soledad donde podemos descubrir temores, esperanzas, alegrías, sufrimientos, odios y amores. Cada uno carga su propio fardo de ansiedades, de miedos, de tristezas. Yo mismo soy una isla poblada de ruidos y de voces. Como todos. ¿Será la comunicación un puente entre islas?

Pues comunicar personas o lograr que éstas se comuniquen entre sí implica no sólo hablar sino dialogar. Ya que sólo en el diálogo puedo compartir libremente y poner en común lo que soy: dar y recibir, escuchar y sentir. Dialogamos, en efecto, cuando estamos atentos, cuidadosos, a cuanta forma de expresión surge de nuestro interlocutor. Significa, pues, que estamos al acecho de cualquier palabra, gesto o expresión del rostro y de las manos. . . En una palabra, a cualquier signo —verbal o no verbal— proveniente del *tú* con quien entablo el diálogo. Diálogo de cuerpos, diálogo de miradas, diálogo de manos, de olores y de voces.

Estamos en el juego del mundo descifrando códigos: las señales que nos envían nuestros interlocutores. Y, por lo mismo, nos vemos obligados a descubrir si éstos son falsos o auténticos, enmascarados o sinceros. En medio de la hipocresía circundante no es extraño encontrar a nuestros propios amigos o compañeros, atrapados en las redes

de la inautenticidad, de la robotización o de la masificación, promovidas con tanto empeño por los sistemas *educativos* —de que formamos parte— así como por todos los *medios masivos de información*.

No obstante, no sólo de fuera provienen esas visiones “falsificadas” de la realidad. También en nosotros mismos se producen distorsiones de percepción: con toda la sinceridad de que seamos capaces, con toda la atención y el cuidado que pongamos al mirar o al escuchar, nos resulta imposible no deformar el mensaje que percibimos; pues oímos, vemos, sentimos, olemos desde nuestro *yo*, con su historia única, con experiencias ocultas, con recuerdos y olvidos que ni siquiera podemos explicarnos.

Una de las fuentes potenciales de tal distorsión de nuestras percepciones se encuentra en la angustia, en la ansiedad que sentimos. Algunas causas de estas situaciones generadoras de angustia las expresa George Devereux en los siguientes términos:

Primero: “nuestro ‘narcisismo de las pequeñas diferencias’ nos induce a interpretar las creencias y prácticas extrañas como críticas a las nuestras, y eso nos hace reaccionar negativamente a ellas. . .

. . .

Segundo: “en un nivel más subjetivo, también suscita angustia todo aquello que:

“a) amenaza la vulnerabilidad (¿integridad?) básica de todo ser humano (peligro de muerte, de perder un miembro, amenaza de castración, etc.);

“b) reaviva ‘angustias’ . . . relacionadas con experiencias pasadas;

“c) amenaza minar defensas o sublimaciones importantes;

“d) exacerba problemas de momento, etcétera.” (1985:72-73).

Afrontar tales situaciones a las que nos somete la vida cotidiana, nos obliga a buscar en nosotros mismos —en nuestro propio *yo*— las causas o los motivos que originan incomprensión de mensajes: tanto los masivos —que nos llegan por vía de la prensa, la radio, el cine o la T.V.— como los que recibimos cara a cara, persona a persona. Así, curiosamente, mediante la *introspección* podemos lograr una mayor aproximación a la realidad. Kierkegaard nos lo advierte: *la introspección al máximo resulta ser objetividad* (Curtis y Mays, 1984: 54).

Sometidos diariamente a estas distorsiones —que se dan fuera y dentro de nosotros—, hemos aprendido, quizás, que la *comunicación* auténtica, en profundidad, resulta, cada vez más, una pieza de algún

museo de antigüedades. Ha quedado derrumbada, estragada, arrinconada.

Comunicación: ¿lectura de la realidad?

Y, sin embargo, nada más importante para poder alcanzarnos a nosotros mismos que el mantener una verdadera comunicación con quienes nos rodean. Pero no únicamente para alcanzarnos —y comprendernos— a nosotros mismos, sino también para “leer” las señales del mundo que nos envuelve, como nuestra piel. Todo es signo a nuestro alrededor, y todo puede convertirse en mensaje. Pero, como cualquier mensaje, debe ser interpretado adecuadamente, “leído” en forma correcta, *comprendido*. Por esta razón, “cualquier realidad es como un libro abierto en el cual puedes aprender a leer. . .” (Michel, 1985: 81)

Las cosas mismas nos hablan en su propio lenguaje. Se dirigen a nosotros, nos incitan y apelan a nuestra inteligencia y a nuestro corazón para que las pongamos en su lugar. Mas no es éste el momento para hablar sobre “las palabras y las cosas” (al estilo de Michel Foucault) sino para *comprender* por que la comunicación interpersonal resulta imprescindible para estar en el mundo y encontrar un significado a nuestra propia existencia: tarea esencial del proceso educativo.

Baste recordar, por poner sólo un ejemplo, que el lenguaje en que nos expresamos fue adquirido a través de un largo proceso educativo de comunicación, verbal y no verbal: primero en nuestro hogar y luego fuera de él, por las calles del mundo, por las veredas de la vida. Si podemos comunicarnos, ahora y aquí, en un lenguaje común, se debe a este proceso de comunicación en el que no únicamente nos hemos puesto en contacto con otros rostros humanos, sino también con otros corazones. Por lo mismo, educación es vida. . ., inmersión en esta especie de placenta social dentro de la cual respiramos, sentimos. . ., nos comunicamos, intercambiamos pedazos de vida y de corazón. Así vamos llegando a alcanzarnos a nosotros mismos.

Comunicación interpersonal: ¿proceso educativo?

No por otra razón John Stuart Mill llegó a afirmar que *la educación verdadera depende del contacto del alma humana viviente con el alma humana viviente* (Curtis y Mays, *ibid.*:173)

Por consiguiente, la comunicación interpersonal, la que vivimos

día con día, noche tras noche, viene a constituir un elemento fundamental de nuestro proceso educativo: curriculum oculto, omnipresente, que debemos recorrer, paso a paso, para llegar a ser nosotros mismos, para darnos alcance.

Si podemos decir que la vida es educación, en la misma forma el mundo es nuestra escuela. Este mundo en crisis que amenaza con destruirlo todo: hasta nuestra capacidad para entrar en contacto, en comunicación de persona a persona, cara a cara. Pues no tiene sentido hablar *sobre* comunicación, mientras no logremos aprender a establecer una comunicación profunda *entre personas*.

Recalco “entre personas”, pues la comunicación auténtica sólo puede darse, existencialmente, *entre personas* conscientes de su ser único, insustituible e irrepetible: en diálogo. Si algo podemos aprender en cada “momento educativo/comunicativo” es a expresarnos desde nuestro “yo personal” más propio, más íntimo. Desde el yo más lejano al molde en que casi todos estamos atrapados. Desde ese “rostro” que teníamos antes de que nacieran nuestros padres —como dirían los practicantes del Budismo zen.— ¿Y cuál es ese rostro que yo tenía antes de que nacieran mis padres? ¿y el que tú tenías, cuál es?

Este contacto interpersonal, este diálogo, sugiere que el verdadero trabajo educativo lo debe llevar a cabo cada uno de nosotros. No proviene de afuera sino de nuestro propio yo: desde adentro. En consecuencia, estamos llamados a realizar la tarea de abrir canales de comunicación emocional, a través de los cuales los estímulos intelectuales puedan pasar más fácilmente, a partir de una pregunta muy sencilla, pero —por mi experiencia— muy atrás.

Dicho en otra forma, resultará necesario establecer *contacto* mediante una actividad compartida de apertura. Apertura de cada uno de nuestros poros a las palabras (y necesidades) del otro. Apertura de ojos y oídos, para estar al acecho de gestos y palabras, de mensajes ocultos en un tono de voz, en el guiño de un ojo, en una carcajada, en una cara inexpresiva, en un rostro sonriente o en unas manos que se mueven como aspas o cuelgan como fardos a lo largo del cuerpo.

Bien sabemos —pero ¿lo *comprendemos*?— que siempre debemos leer entre líneas y “más allá de las líneas”, para captar —como diría don Juan— “el filo gracioso del mundo”. (Michel, 1981: 27–38). Es tiempo de aplicar este conocimiento para tratar de *comprender* no únicamente lo que se dice sino a quién lo dice, siempre destacando que es mi *yo* —único, insustituible e irrepetible— el que *esto* percibe, el que así interpreta y el que entre varias opciones *deci-*

de que ésta es su forma de traducir; pues todo lo que sé —y lo que ignoro— lo sé por ser ésta mi historia personal, mi situación actual y mis posibilidades. Hago lo que *puedo*, no lo que *quiero*. Hacer esto, descubrirlo, es un primer paso para salirle al paso a una distorsión mayor de eso que llamamos “realidad objetiva”. Pues el que esto percibe, por necesidad, es un distorsionador, —intérprete— de mensajes, de signos, y de significados.

Conclusiones

Así pues, resulta necesario asumir el compromiso de abrirnos a la comunicación interpersonal, para percibir intensamente, profundamente, “el juego que todos jugamos” en este momento educativo. Aquí y ahora.

Asumir este compromiso conscientemente puede significar dar un salto cualitativo entre el *simplemente vivir* y el *existir*; pues quienes no reflexionan ni se comprometen tienen vida, es cierto; pero no existen como personas conscientes de sí mismas ni de sus potencialidades. Lo que transforma la vida en existencia —de acuerdo con Kierkegaard—, surge de las decisiones que tomamos y de los compromisos que asumimos.

Y aquí, en este momento, estamos frente a un problema existencial serio; pues se trata no de hablar *sobre* la comunicación interpersonal, sino de participar, como personas — *existentes* — en un proceso de comunicación que involucre todo nuestro ser: nuestra razón, nuestras emociones y nuestra imaginación.

Participar de otra manera en cada momento educativo significaría que no hemos captado la importancia *existencial* que tiene la comunicación en nuestra vida: bien sea para *comprender* al mundo con el que estamos en contacto; o bien, para entrar en contacto con nuestro mundo interior.

Todo lo antes dicho puede, quizás sintetizarse en una máxima de Heráclito:

Malos testigos son los ojos y los oídos para los hombres, si tienen almas que no entienden su lenguaje .